

Syou Ishida

Te receto otro gato

また猫を処方
いたします。



SYOU ISHIDA

TE RECETO OTRO GATO

Traducción de Milo J. Krmpotić

 Planeta

1

Kotetsu, Noelle y Bibi





De pronto, Moé Ohtani fue consciente de que el suelo bajo sus pies estaba frío y empapado. Echó un vistazo a su alrededor. Sin darse cuenta se había adentrado en una callejuela mal iluminada. Apenas unos momentos antes estaba caminando por la bulliciosa calle Kawaramachi. Situada en una de las principales zonas comerciales de Kioto, Kawaramachi siempre estaba repleta de jóvenes y turistas, y la multitud no hacía más que crecer durante el paso de la tarde a la noche. Por lo general, cuando volvían de clase, Moé y sus amigos se unían al gentío y entraban en las tiendas y cafeterías, pero ese día estaba sola.

Sí, se había dirigido hacia el oeste por la calle Takoyakushi para evitar a la multitud, pero por alguna razón había acabado en un lugar desconocido. Parada en ese callejón sin salida, fue incapaz de reconocer el edificio estrecho y anticuado que se elevaba ante ella.

La puerta estaba abierta y mostraba un pasillo que se extendía hacia las profundidades del lugar.

«¿Dónde demonios...?».

Había estado tan absorta en sí misma... Y esa era precisamente la razón por la que decían que no se podía confiar en ella y que tenía tendencia a sufrir accidentes. Aun así, era la primera vez que se perdía de verdad por culpa de estar distraída. Dejó escapar un suspiro profundo.

La mejor manera de evitar encontrarse con su novio sería dar una vuelta. Podía ir a casa de una amiga, lamentarse y montar un numerito, actuar como si no se hubiera dado cuenta de nada. Ignoraría el móvil. Sí, podía seguir haciendo caso omiso. ¿Retrasaría eso la ruptura? ¿O él cortaría de todos modos con ella a través de un mensaje de texto? Probablemente le dolería menos de esa forma.

Permaneció inmóvil, con los ojos clavados en el lúgubre edificio. Estaría tan bien que la situación mejorara por sí sola mientras ella estaba parada en ese callejón sombrío... Estaría tan bien que un poder superior sacudiera su varita mágica e impidiera la ruptura inminente... Le valdría cualquier cosa. Deseaba huir de todo, mirar hacia otro lado. Pero perder el tiempo sin sentido no hacía más que amplificar su dolor.

Estaba a punto de volver a ver a su novio después de algún tiempo, pero la perspectiva no le despertaba ninguna alegría. Más bien al contrario, casi deseaba que la cita no tuviera lugar. Resopló y le dio la espalda al edificio.



En ese momento, una vocecita gritó:

—¡Eh, tú!

Se volvió, pero no vio a nadie.

—¡Eh! —la llamó de nuevo la voz, que procedía de algún punto por encima de su cabeza.

Había una ventana abierta en el cuarto o quinto piso, muy arriba. Para su sorpresa, vio que alguien se asomaba por ella.

—¡Aquí!

Le costó verlo con claridad a contraluz, pero parecía un hombre. Tenía una voz nasal y aguda, y tuvo la impresión de que vestía algo de color blanco.

Contuvo el aliento al constatar que la persona sacaba todo el torso por la ventana.

—¡Cuidado! ¡Parece peligroso!

—No, no, no soy peligroso. Soy una buena persona.

Moé no lograba descifrar su expresión, pero parecía reírse.

El acento del hombre, con esa cadencia propia de Kioto, cayó con suavidad sobre ella.

—Ya que has venido hasta aquí, sube, por favor.

Estoy en la última planta, en el penúltimo piso antes de llegar al fondo del pasillo. No lo dudes.

—P-para nada. No lo dudo...

—¿Y si bajo a buscarte? Es un trecho, pero no me resultaría imposible saltar desde aquí. No, espera, está demasiado alto. Ah, no, en realidad creo que puedo. Vamos a probar. El que no se arriesga... —El hombre se inclinó hacia delante.

—¡Esperel! —gritó Moé, que entró disparada en la estrecha construcción, subió a toda velocidad la escalera hasta la última planta y se dirigió al penúltimo piso, donde llamó a la puerta.

Al igual que el edificio, la puerta, metálica y de aspecto macizo, dejaba a las claras su edad, con aquellos parches de pintura descascarillada. Pese a llamar con insistencia, no obtuvo respuesta. Pero la cercanía con que le había hablado el hombre, las suaves inflexiones kiotenses con que le había hecho sentir que bajaba la guardia ante ella sin duda habían sido una invitación a que entrara.

Cogió el pomo e intentó hacer que girara. No, estaba fijo. Hizo más presión y, de repente, este pareció ceder. Afianzó ambas manos con fuerza y tiró de él.

Cuando la puerta comenzó a abrirse, asomó la cabeza. A diferencia de la atmósfera húmeda del resto del edificio, el piso estaba bien iluminado. Frente a ella ha-

bía algo parecido a una ventanilla de recepción. «Debe de ser una clínica», pensó mientras estiraba el cuello hacia el interior. Vio un cómodo sofá, pero no había nadie.



—¿Disculpe? —llamó.

No hubo respuesta.

«¡Ese hombre! ¿Dónde se ha metido?». Se le aceleró el corazón. «No habrá saltado, ¿verdad?». Aguzó el oído. «Está todo tan silencioso...». A regañadientes, dio un paso atrás para cerrar la puerta cuando una voz femenina rompió el silencio.

—¿Qué sucede, doctor Nike?

La voz, procedente de las profundidades del piso, traslucía enojo de manera inequívoca.

Moé volvió a asomarse a la puerta entreabierta y vio la espalda de una mujer vestida de enfermera que tenía los brazos en jarras.

—Mire que ponerse a gritar hacia la calle de esa manera... ¿Es que no tiene nada mejor que hacer? ¿Acaso se aburre?

—No hace falta que se ponga así. —Era el hombre de antes—. La chica ha llegado hasta la puerta de entrada y estaba a punto de dar media vuelta. No pasa nada si le presto un poquito de atención, ¿no cree?

—Sí, sí que pasa. Tiene un paciente importante, con cita, que no ha llegado aún, pero va dejando usted que la gente se cuele a diestro y siniestro.

—Sí, pero es que parece que le está costando llegar hasta aquí, y yo no tengo nada que hacer.

—Entonces sí que se aburre usted...

Espiando aún por la rendija de la puerta, Moé vio al hombre. Debía de rondar la treintena, llevaba una bata blanca y tenía la apariencia de un médico amable, de maneras apacibles. Él levantó la vista y sus miradas se encontraron.

—¡Oh! Entra... —El médico le sonrió. Parecía aliviado por la interrupción.

La enfermera se volvió para mirar. «Qué cara tan bonita», pensó Moé. Tenía unos ojos serenos, la piel del color de la porcelana. Parecía algo mayor que ella, en torno a unos veinticinco años. Y su expresión, con ese ceño tan fruncido, no era en absoluto hospitalaria.

—Eeeh, yo...

—Pasa, por favor. Siéntate —dijo el médico.

Antes de que Moé pudiera abrir la puerta de la consulta, la mujer salió dando grandes zancadas, con aire altivo.

Moé entró y paseó la vista por el lugar, apenas amueblado: solo un escritorio, dos sillas y un ordenador. No había ni rastro de ninguna clase de equipo médico.

—No te preocupes por ella. La señorita Chitose puede ser un poco arisca a veces, pero también tiene su

lado dulce. Estás en la Clínica Kokoro Chukyo. Como puedes ver, solo estamos la enfermera y yo para llevarla, así que en realidad no aceptamos pacientes nuevos. Pero haremos una excepción contigo, ya que has venido hasta aquí.



«¿Una “clínica para el corazón”?»,* se sorprendió Moé.

—No tengo problemas graves que requieran de un psiquiatra.

Ignorando la expresión atónita de la joven, el médico soltó una risita.

—Pero has hecho el esfuerzo de venir hasta aquí, ¿no?

—No he venido por voluntad propia. Usted me ha llamado y he sentido curiosidad.

—Hay gente que no entra por mucho que la llames. Pero tú, tú has venido porque has querido. Has subido la escalera con esos pies que tienes, has hecho girar el pomo con esas manos que tienes... Si de verdad no hubieras querido, no te habrías molestado en hacerlo. Bien, veamos...

El médico se acercó con rapidez al escritorio y comenzó a teclear en el ordenador.

* En japonés, *kokoro* significa «corazón», pero puede tratarse también de un apellido. (N. del t.)

La sesión empezó antes de que Moé tuviera tiempo para prepararse. Nunca había pensado en ver a un psiquiatra. Ni siquiera había visitado el centro de salud mental de la universidad. Jamás había sentido la necesidad de compartir sus problemas con otra persona.

—¿Nombre y edad?

El suave acento kiotense del hombre captó su atención y derribó sus defensas.

—Moé Ohtani. Tengo casi veinte años.

—¿Y qué te trae hoy por aquí?

—Bueno...

«¿Parezco trastornada? ¿Doy la sensación de tener problemas?». Era cierto que, hasta unos momentos antes, se había mostrado taciturna, pero solo por una cuestión trivial. Las cosas estaban un poco difíciles, eso era todo. Pensaba que, en caso de mantenerlas encerradas en el pecho, esas sensaciones acabarían por desaparecer.

Pensaba contestar que todo iba bien cuando se encontró con la mirada del médico, que no parecía estar en ascuas; más bien se lo veía dispuesto a que lo entretuvieran con una historia graciosa. Su expresión resultaba misteriosa; atenta, pero a la vez era como si la observara desde lejos.

—No quiero separarme de la persona a la que amo
—murmuró Moé.

—Entiendo. —El doctor hizo una pausa—. Te voy a recetar un gato. ¡Señorita Chitose! ¡Por favor, tráigame al gato! —pidió dirigiéndose hacia las cortinas de privacidad que había al fondo de la habitación.



La enfermera las abrió con aspecto disgustado.

—Doctor Nike, este gato necesita un cuidado especial.

—Ah, sí. Tiene toda la razón. Como era de esperar, está usted siempre al tanto de todo, señorita Chitose. ¡Muy bien! Esta clínica no funcionaría sin usted.

—Ya. Menuda mentira —dijo la enfermera, aunque no parecía del todo disconforme.

Colocó un transportín para mascotas encima del escritorio y desapareció de nuevo detrás de las cortinas.

«¿Qué está pasando aquí?».

Moé observó aturdida al médico, que hizo girar el contenedor de plástico. A través de la rejilla lateral, pudo ver a la perfección lo que contenía.

—Esto..., ¿un gato?

—Correcto. Es un gato —contestó el médico con orgullo en la voz.

La chica se inclinó para verlo mejor.

Era de color marrón con rayas negras. Sus orejas, grandes y triangulares, estaban erguidas. El rostro compacto, de hocico puntiagudo. Era un gato hermoso y circunspecto.

—Es una preciosidad.

—¿Tú crees? ¿Y si lo sacamos?

El médico abrió el transportín con un clic y el gato lo abandonó con un movimiento suntuoso, como el de una ola ondulante. No era muy grande, pero el dibujo de su pelaje era tan impresionante que Moé se llevó la mano por instinto a las mejillas.

—Vaya. Tiene la piel como la de un leopardo. Y es adorable.

El gato se había sentado con el lomo recto, como si fuera un objeto de decoración. Tenía las enormes pupilas fijas en el médico.

—Sí, parece el diseño que tanto les gustaba a las *obasan** del Japón occidental. Cuando una *obasan* se pone un estampado de leopardo, la gente la acusa de ser ostentosa, pero es curioso lo bonito que se ve en un gato. Este es aún un bebé. Crecerá, así que la impresión de *obasan* será aún más intensa. Llévatelo a casa durante una semana. —El médico acercó la oreja al animal—. ¿Sí? ¿Qué dices?

Agachó más la cabeza y tocó el morro del gato con la nariz.

—¿Que no son las *obasan* del Japón occidental?

* Literalmente, «tía», pero se usa también para referirse a las mujeres de mediana edad en general. (*N. del t.*)

¿Solo las de Osaka, dices? Ya veo. No está bien meter en un mismo saco a todo el occidente de Japón, ¿eh? Lo siento mucho. Ha sido un error por mi parte.



Era como si estuvieran manteniendo una conversación. El doctor sonrió y el gato retrocedió con paso elegante hasta meterse de nuevo en el transportín.

—Bueno, llévate, por favor, a este gato con alma de *obasan* de Osaka durante una semana. Te haré una receta. Recoge lo que necesites en el mostrador de recepción antes de salir. Ah, y además...

El médico le entregó una hoja de papel y un cuadernillo, una simple libreta para llevar la cuenta de las indicaciones. Moé tenía una igual en casa. Pero, al cogerla de la mano extendida del hombre, frunció el ceño. En la tapa, las palabras «Registro de medicación» estaban tachadas con bolígrafo negro y habían sido reemplazadas por un «Diario del gato» que parecía escrito a mano por un niño.

—Por favor, lleva la cuenta de lo que el gato consume y produzca.

—¿De lo que consume... y, eh, produzca?

—Todo lo que entra debe salir, es un principio básico. Por favor, sé meticulosa con los detalles. Asegúrate de que los procesos de entrada y de salida se desarrollen sin problemas.

—Un momento..., no estará sugiriendo que debo llevarme a este gato a casa, ¿verdad?

El médico levantó las cejas sorprendido.

—Es exactamente lo que estoy sugiriendo.

Moé se quedó estupefacta. Cuidar de un gato no era tarea sencilla, y tampoco era algo de lo que pudiera encargarse por capricho.

—No. No puedo. Es imposible.

El médico se rio.

—Moé, no hace falta que te reprimas.

—No me estoy reprimiendo. Es solo... que no confío en que pueda cuidar de un gato.

Dejó caer la cabeza a modo de disculpa, pero el médico la ignoró y le puso el transportín entre los brazos.

—Aquí tienes. Ahora formas parte oficialmente del equipo de las *obasan* de Osaka. ¿No te parece genial?

Había tantos aspectos que no eran geniales en todo eso... Se encontraban en Kioto, no en Osaka. Y a ella ni siquiera le gustaba el estampado de leopardo. Pero el hombre se limitó a sonreír. Aturdida, Moé salió de la consulta con el transportín en la mano. La sala de espera seguía vacía, salvo por el sofá solitario.

—Por favor, venga por aquí, señorita Ohtani. —Una mano pálida le hizo un gesto desde la ventanilla de recepción—. Yo me encargo de su receta.

El proceso se pareció bastante al de cualquier otra

clínica, aunque lo normal sería que el médico no atrajera a los pacientes llamándolos por la ventana, ni que les ofreciera un gato. Moé le pasó la hoja a la enfermera, quien a su vez le entregó una pesada bolsa de papel.



—Estos son los enseres. Dentro también encontrará un folleto de instrucciones, que le recomiendo que lea con atención.

La bolsa contenía dos cuencos, una bandeja de plástico y varios paquetes. Moé sacó el folleto y se puso a leerlo.

—«Nombre: Kotetsu. Sexo: macho. Edad estimada: cuatro meses. Raza: bengalí. Alimentación: mañana y noche a discreción. Agua: a demanda. Limpieza del arenero: cuando sea necesaria. Orinará entre dos y cuatro veces al día; defecará entre una y dos veces al día. Controle el color, el olor, la forma y el volumen de cada excremento. Para evitar problemas del tracto urinario, es importante que tanto los felinos como los seres humanos realicen una evacuación libre de estrés. Nada más».

Lo leyó varias veces y luego miró a la enfermera, que ya estaba concentrada en otros papeleos.

—«Evacuación» se refiere a cuando el gato vaya al baño, ¿no?

—Si hay algo que no comprende, por favor, hable con el doctor. Ahora, cuídese.

—A ver, es que la forma y el olor...

—Cuídese.

—Se refiere a la caca del gato, ¿verdad?

—Cuídese mucho.

Resignada, Moé salió de la clínica sosteniendo contra el pecho el transportín que contenía al gato. Las paredes del viejo edificio y su pasillo interminable la devolvieron a la realidad. Ningún poder superior había sacudido su varita mágica para solucionarle los problemas. En vez de eso, un médico le había recetado un gato.



Moé vivía en un apartamento que había alquilado su padre para que pudiera asistir a la universidad en Kioto. Era un piso espacioso y elegante, con un vestíbulo que daba a una cocina-comedor y un dormitorio: todo un lujo para una universitaria que vivía sola.

Habían pasado tres horas desde que había vuelto al apartamento y Moé no sabía decir si las cosas eran normales o anunciaban algún problema en ciernes. Quizá el gato no se había acercado al arenero porque algo iba mal.

—¿Te molesta algo?

Moé se pegó un cojín al pecho, guardando las dis-

tancias respecto al gato, que permanecía sentado con recato, acicalándose.



Al volver a casa, lo primero que se había planteado era por dónde iba a permitir que se paseara el animal. No podía arriesgarse a que comiera algo en la cocina que pudiera sentarle mal. Así que tendría que ser el dormitorio, decidió. Pero nada más cerrar la puerta tras de sí y abrir el transportín, Kotetsu salió disparado y se metió debajo de la cama a una velocidad tremenda. Moé se dejó caer de rodillas y lo llamó mientras el animal la observaba. Sus orejas, dos triángulos agudos, permanecían alertas. En el centro de cada uno de sus ojos había una rendija de color negro.

«Quizá llamarlo sea la estrategia equivocada». Moé llenó los cuencos de comida y de agua, los colocó cerca de la cama y se quedó mirando en silencio mientras el gato comenzaba a salir de debajo arrastrándose sobre el vientre, estirando primero una pata y luego la otra.

Devoró la comida ruidosamente y luego se sentó.

Cuando era pequeña, los abuelos de Moé tenían un gato, así que ella conocía a la perfección su belleza y su carácter caprichoso. Ese gato era regordete y mullido, y, cada vez que intentaba cogerlo en brazos, se le escapaba sin problemas de las manos. Pero, puesto que no era la encargada de cuidar de él, en ese momento la

idea de tener un gato en casa hacía que sintiera más ansiedad que nostalgia.

Según el folleto de instrucciones, Kotetsu era un bengalí de cuatro meses de edad. Lucía un pelaje de color marrón claro con rayas negras alrededor de la cara y las patas delanteras. Tenía manchas por toda la espalda de un intenso color marrón rodeado de negro, iguales que las de un leopardo. El pelo corto y brillante hacía resaltar el diseño.

Hizo una búsqueda sobre los gatos de Bengala en el móvil. Era una raza conocida por su carácter amigable y afectuoso, muy atlética y cargada de energía. Su pelo se presentaba en diversos tonos de marrón, blanco y gris, aunque el color de Kotetsu era el más popular. Los bengalíes solían alcanzar la madurez en tres meses, pero al parecer su figura y sus peculiaridades podían seguir cambiando, de manera que Kotetsu, de treinta centímetros de alto cuando estaba sentado, con toda probabilidad aún se estaría desarrollando. Ese médico tan raro había comentado que crecería más.

Manteniendo las distancias, Moé leyó el folleto de instrucciones en voz alta para sí:

—«Orinará entre dos y cuatro veces al día; defecará entre una y dos veces al día». No pasa nada porque no haya hecho caca aún, pero tengo la sensación de que

debería haber hecho pipí al menos una vez. —Dirigió una mirada pensativa al gato—. Oye, Kotetsu, ¿no necesitas hacer pis? ¿Te pasa algo?



Los cuencos de la comida y el agua. Una endeble bandeja de plástico que parecía sacada de una ferretería. Y luego estaba la arena. Al rasgar la bolsa para abrirla, se había llevado una sorpresa. Una nube de polvo salió eyectada, antes de revelar un batiburrillo de gránulos de tamaño irregular con apariencia de cemento triturado. Había llenado la caja de arena, y eso era todo. Había hecho lo posible.

Tenía una idea vaga de la manera en que los gatos eliminaban los residuos. Recordaba que el gato de la casa de sus abuelos se sentaba con expresión serena en una caja escondida en un rincón de la cocina. Aunque se tratara de un animal, Moé pensaba que no era apropiado mirarlo mientras hacía sus cosas, así que nunca se había fijado mucho. Kotetsu aún no se había acercado al arenero. Quizá debería haber prestado más atención a los hábitos higiénicos del gato de sus abuelos.

—¿No tienes arena suficiente? Deja que te ponga más...

Cuando se disponía a añadir arena a la caja, sonó el timbre de la puerta. Moé se estremeció.

«Es Ryuji. Oh, no. Lo había olvidado por completo».

Era martes. No mucho tiempo atrás, Moé habría estado dando saltos de emoción arriba y abajo a la espera de su llegada. Ryuji, su novio, trabajaba para una inmobiliaria y libraba los miércoles. Como tantos otros jóvenes japoneses, vivía con su familia, pero en sus días libres se pasaba por casa de Moé y se quedaba a dormir. Ella faltaba a clase los miércoles y dedicaba el día entero a estar con él.

Esa había sido su rutina durante casi un año entero, pero ese mes, aduciendo que estaba muy ocupado, Ryuji aún no había ido a verla. Moé pensaba que su actitud también se había enfriado; se mostraba distante, le daba respuestas cortas y casi nunca parecía mirarla a los ojos. A ella le daba mala espina su risa forzada, que parecía contener un dejo de irritación.

Y, el día anterior, le había mandado un mensaje breve: «Tengo que hablar contigo sobre algo, así que me pasaré por tu casa». Era imposible que esa conversación fuera a ser buena. ¿Se habría cansado de ella? ¿Habría encontrado a otra, incluso?

Eso era lo que estaba pensando antes de entrar en la clínica, pero ocuparse de Kotetsu había hecho que se olvidara de todo. Sin tiempo para recomponerse, cerró la puerta del dormitorio y se dirigió a la entrada del apartamento.

Allí estaba Ryuji, vestido de traje. En vez del saludo

habitual, le hizo un tímido gesto con la mano. Incluso después de entrar parecía incómodo, sus ojos iban de un lado para el otro.



El frío pareció adueñarse de la habitación. En el pasado, la mera presencia de Ryuji podía llenar la atmósfera de calidez. Era bondadoso, tranquilo y culto; un novio del que sentirse orgullosa.

—¿Quieres comer algo? Ah, ¿sabes qué? Hay una nueva serie coreana que podríamos ver. Me la ha recomendado una amiga de la facultad. Al parecer, es superdivertida.

—No, no tengo hambre. En realidad, Moé, el tema del que quería hablarte...

—También han estrenado esa película... Ya sabes, la que dijiste que querías ver. Está en *streaming*, pero las críticas dicen de todo. ¿Y si pedimos una pizza?

Moé no paraba de hablar para disipar las malas vibraciones. Fingía que no había reparado en la expresión preocupada de Ryuji. No quería cortar con él. Se suponía que les iba bien. No tenía ni idea de la razón por la que él querría acabar con su relación.

En el momento en que Ryuji se disponía a hablar, se oyó un fuerte alboroto procedente del dormitorio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmado.

—Es el gato.

—¿El gato? ¿Ahora tienes un gato?

—No, no del todo. Es una historia curiosa. Me lo han recetado en una clínica.

—¿Que te han recetado un gato? Estás de broma, ¿no? —Ryuji soltó una risita incrédula.

El alboroto proseguía en la habitación. Moé abrió la puerta y asomó la cabeza. Su mirada se encontró con la de Kotetsu en el momento en que el animal clavaba las garras en sus sábanas. Las pupilas del gato se dilataron y se quedó paralizado.

Ryuji también se asomó a través del hueco de la puerta.

—Vaya, realmente es un gato. ¿Cuándo te lo han dado?

—No es mío. Me lo han recetado en una clínica cerca de Rokkaku, o de la calle Takoyakushi, con un registro de med... con un «Diario del gato», y me han dicho que me lo llevara a casa durante una semana.

Ryuji parecía escéptico.

—No lo pillo. ¿Qué quieres decir?

—Sé que es extraño, pero es verdad.

Él no parecía convencido.

—Un gato, ¿eh? No pasa nada por cuidarlo durante un tiempo, pero tengo la sensación de que te vas a encariñar demasiado con él.

Ryuji abrió la puerta un poco más, entró y se aga-

chó para acercarse al animal. Kotetsu se quedó quieto sobre la cama, dispuesto a retirarse.



—Es un gato muy guay. Parece un leopardo en miniatura. ¿Crees que me arañará si lo toco?

Ryuji estiró la mano y Kotetsu saltó de la cama y trotó con gracia hacia una esquina de la habitación. Ryuji se apoyó en la cama y lo miró decepcionado. Moé fue a sentarse a su lado y dejó descansar la cabeza en su hombro.

Se sentía agradecida con aquel médico. Quién habría pensado que un gato podía solucionar sus problemas románticos... Los ojos de Ryuji volvían a desprender calidez.

—Es muy mono. He oído que cada vez hay más chicas que viven solas y adoptan gatos.

—Sí, así es —dijo Moé.

Siguió la mirada de Ryuji y vio que Kotetsu, después de olisquear los cuencos del agua y la comida, se dirigía hacia el arenero.

—Oh, quizá va a hacer sus cosas...

—¿Ah, sí? —Ryuji se inclinó hacia delante para ver mejor.

Kotetsu se había metido con cautela en el arenero. No se agachó de inmediato, sino que pateó la arena, que crujió. Quizá no le gustaba que lo observaran, o su presencia lo distraía.

Moé no se atrevió a sugerir que salieran. Se le había pasado por la cabeza que, en ese caso, Ryuji tal vez sacaría el temido tema de la conversación para cortar con ella.

—Se está sentando —susurró Ryuji.

Kotetsu se agachó sobre la arena, con la cola en alto. Era difícil verlo bien, pero, a juzgar por sus movimientos inquietos, daba la impresión de que estaba haciendo sus necesidades.

«Uf. Menos mal».

Un minuto después, Kotetsu levantó el trasero y comenzó a rascar la arena con las patas delanteras. Moé y Ryuji se acercaron un poco para ver mejor.

Entonces vino un barrido tremendo. Un remolino de polvo se elevó mientras los gránulos de arena salían volando de la bandeja. Cuando la mente de Moé comenzó a registrar lo que sucedía, Kotetsu ya había estirado las patas delanteras para rastrillar aún más arena. Y qué intensidad... Apenas unos momentos antes había sido como un niño que jugara en un cajón de arena, pero en ese instante era como una excavadora que lanzaba gravilla en todas direcciones. Kotetsu hizo girar el cuerpo y se inclinó hacia el frente, colocó las patas traseras en el lateral de la bandeja de plástico y soltó una última coz con todas sus fuerzas. Antes de que Ryuji pudiera reaccionar,

la arena lo golpeó en la cara como una descarga de perdigones.

—¡Ay! ¡Eso ha dolido!

—¡Puaj!

Moé se apartó con rapidez. El suelo estaba lleno de arena. En medio de esa explosión de polvo, un misil negro se dirigía a toda velocidad hacia Ryuji.

«¿Eso es ca...?».

Ryuji se quitó frenético la arena del pelo y de la cara, sin reparar en las motas de heces de gato que había esparcidas por todas partes.



—Y esa es la razón por la que tu novio volvió a casa con pegotes de caca en la cabeza —dijo Reona antes de estallar en una carcajada.

Entre una clase y otra, la terraza acristalada de la cafetería de la universidad, que se adentraba en el patio, estaba repleta de alumnos. La risotada de Reona fue tan sonora que las chicas de la mesa contigua les dirigieron unas miraditas y Moé se hundió aún más en la silla.

—Venga, Reona, te estás riendo demasiado.

—Lo siento, pero es que es graciosísimo. Estaba cubierto de caca de gato...

Reona parecía a punto de volver a carcajearse, y Moé la fulminó con la mirada.

—Me aseguré de limpiársela toda. La caca estaba pegada a la arena, así que no fue tan terrible.

—Ay, tía, os echasteis unas buenas risas. —Reona parecía estar pasándolo de fábula—. Pero todo salió bien. Gracias a eso pudiste reconciliarte con tu novio, ¿verdad?

—Sí, supongo... —contestó Moé.

Moé se había trasladado a Kioto desde una zona rural para ir a la universidad. Reona era la mejor amiga que tenía en el campus, y le había confiado la historia de la reciente actitud distante de su novio.

Las dos eran opuestas por completo en lo referente a su sentido de la moda y sus actitudes. Moé prefería los vestidos vaporosos, mientras que a Reona no se la había visto nunca sin vaqueros. Pero cada una disfrutaba muchísimo de la compañía de la otra. Lo diverso de sus intereses había ampliado sus horizontes.

—A todo esto, ¿qué provocó la tensión entre vosotros dos? ¿Tienes alguna idea?

Moé negó con la cabeza.

—Ninguna en absoluto. No nos hemos peleado, y no parece estar enfadado conmigo por ningún motivo.

—Quizá solo sea temperamental...

—No, para nada. Siempre ha sido un chico tranquilo.

La noche anterior, después de limpiarse la arena de gato, Ryuji se fue a su casa diciendo que tenía que trabajar. Al final no mantuvieron la conversación, así que tampoco era como si se hubieran reconciliado. Solo habían postergado lo que Ryuji quería decirle.



—Bueno, me mostraste su foto y parecía una persona decente. Y es bastante atractivo. ¿Cómo os conocisteis? ¿En una fiesta?

—En la fiesta de un club estudiantil. —Una sonrisa iluminó la cara de Moé. Había acudido al evento sin la menor expectativa, solo esperaba expandir su círculo social, pero al conocer a Ryuji se dio cuenta de que se había quedado prendada de él de inmediato.

—Amor a primera vista, ¿eh? No puedo decir que lo haya vivido. —Reona soltó una risa forzada—. No digo que no esté bien. Al fin y al cabo, el físico forma parte de la persona. Pero ¿eres consciente de cómo es esa persona también por dentro?

—Pues claro que sí. Ryuji es fiel y bueno.

—¿En serio? ¿Estás segura de que no se trata solo de algo que le has añadido a partir de su aspecto?

A Moé no le molestaban las provocaciones de Reona. Ryuji era su hombre ideal y estaba convencida de ello. Por eso no podía renunciar a él.

Sintió que se le caía el alma a los pies. Hasta ese momento siempre había reservado las horas de la tarde-noche del martes y del miércoles para Ryuji. Los días en que él no iba a visitarla, por si acaso se desocupaba de golpe, Moé no acudía a la universidad y se saltaba las clases obligatorias.

Puesto que no quería pasarse el día sola y angustiada, había acudido al campus en miércoles por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Lo más probable era que Ryuji volviera a pasarse la noche del martes siguiente. Para entonces tenía que haber pensado una solución. No podía volver a confiar en el gato, ya que le habían recetado a Kotetsu solo para una semana.

La noche anterior, después de cubrir el suelo de la habitación con arena, Kotetsu no mostró el menor arrepentimiento. En su lugar, enroscó su cuerpo de manchas de leopardo hasta formar una bola y se quedó dormido con rapidez. Resignada, Moé sacó su caca del arenero y tomó nota de su forma en la libreta del «Diario del gato». Pero la caca se había esparcido por todas partes, así que describirla con exactitud representó todo un desafío.

«¿Cómo estará mi dormitorio hoy, cuando vuelva a casa?». Moé se deprimió ante la idea de regresar a una nueva escena del desastre. Envolvió su taza con las manos y dejó escapar un profundo suspiro.

—Seguro que los dueños de gatos tienen problemas para mantener la casa limpia. No tenía ni idea de que habría arena esparcida por todas partes.



—En mi casa no pasa eso.

Reona sorbió la pajita de su café con hielo, que en ese momento era sobre todo hielo. Moé estuvo a punto de no oír lo que le decía por el fuerte ruido que hacía al sorber.

—¿Qué es lo que no pasa?

—Que se esparza la arena con caca del gato. Usamos una arena de bajo seguimiento.

—Espera un momento: ¿qué? ¿Hay diferentes tipos de arena?

—Sí. Hay varios.

—¿En serio? No lo sabía. A ver, es que a mí la arena me la dieron en la clínica.

La enorme nube de polvo del día anterior... había sido como un episodio de contaminación ambiental.

—Qué historia tan extraña, la de esa clínica. ¿En qué parte del barrio de Nakagyo dices que está?

—Bajé por la calle Takoyakushi y me la encontré por casualidad. Pero no cambies de tema. ¿Qué tipo de arena es la que no se esparce? ¿Dónde puedo comprarla?

—Estás desesperada, ¿verdad? Hay una tienda de mascotas de una cadena importante al lado de la para-

da de metro. ¿Quieres que nos pasemos por allí después de cla...?

—¡Sí, sí, sí!

